

Estimado público lector del Boletín de la Sociedad Química de México

Desde el 2020 he tenido el honor de tener la responsabilidad como editora en jefe de este medio de divulgación social la química. Agradezco la intervención del Dr. Gabriel Cuevas Gonzalez-Bravo en ello, y la participación con los excelentísimos colegas editores Jorge Ibáñez Cornejo y Alberto Rojas Hernández en un principio, quienes me tendieron la mano al asumir el cargo de la revista. Doy gracias también a Mariana Esquivelzeta Rabell y a Martín Caldera Villalobos, con quienes más recientemente he entablado esta empresa editorial. Además de la divulgación científica, en este medio de comunicación también se difunden las actividades que realizan las y los asociados de la Sociedad Química de México. Reconozco la relevancia de la llegada por la vía óculo-cerebral a la vida de lectoras y lectores las tareas de esta importante agrupación de profesionales de la química asociados en México, un territorio en el que desde que la nación estaba en ciernes ya se hacía ciencia de importancia mundial. Para muestra, un botón: en la Ciudad de México se descubrió el elemento químico vanadio gracias a la austera pero suficiente infraestructura material y al establecimiento de una camada científica proveniente de Europa, misma que dio continuidad a líneas de investigación de importancia mundial en ese entonces, como el beneficio de los metales preciosos. (Otra historia es que no se le dio crédito al descubridor novohispano Andrés Manuel del Río por motivos atribuibles a la naturaleza oscura de los seres humanos, a la falta de certeza y prontitud en la comunicación científica en aquellos entonces, y un poco también a la mala suerte).

El caso, querida lectora, estimado lector, es que la química es parte de la identidad mexicana, aunque no nos lo creamos. Los ejemplos de éxito científico también lo son, aunque la fama mundial no nos salpique siempre. México está entre las primeras economías del mundo, y sin embargo el ingreso per cápita es menor que el de estas mismas naciones. México es un país de contrastes y contradicciones. Así fue su nacimiento y de la incongruencia se nutre nuestra inevitable realidad. Tenemos lo mejor, no de dos, sino de muchos mundos antiguos. Para sorpresa de nadie personas científicas formadas en instituciones educativas mexicanas triunfan cuando se les abren oportunidades en otros países, y a pesar de las carencias que podamos nombrar en los servicios de educación del país, el talento mexicano es indiscutible. Por ello pienso que debemos conocer la historia que moldea nuestra identidad científica.

La divulgación de la ciencia no es un asunto menor. La capacidad de comunicar lo que hace un gremio químico a un público que no necesariamente está especializado en la materia es precisamente la fricción que enciende cabezas de cerillo fosforosas. Los contenidos de divulgación científica son la idea que anima a jóvenes a pensar que la ciencia no les es ajena y quizá incluso les motive a participar de ella. En un contexto donde la ciencia abierta es una condición *sine qua non* para aspirar a la democratización del conocimiento y a la disminución de la abominable discriminación a quienes no saben, la divulgación abierta y gratuita es una compañera amigable que anda el camino junto a toda persona en quien ese conocimiento pueda tener impacto o interés, y que por lo tanto tiene derecho a la información sobre el mismo. La divulgación de la química a través de este Boletín intenta derribar la idea de que la ciencia es lejana y está fuera del ecosistema social de un individuo no científico, y minar el prejuicio de que la ciencia está hecha únicamente de los grandes descubrimientos.

A lo largo de estos años al frente del Boletín hemos procurado incorporar textos de historia de la química mexicana con la esperanza de ofrecer referentes que den confianza a futuras generaciones y que abonen a la identidad científica mexicana. Esto es importante porque en nuestras juventudes hay un profundo desconocimiento de los logros e incidencias mexicanas en “La Historia de la Ciencia” en su dimensión global. El contenido de la currícula académica carece preocupantemente de narraciones locales que aporten elementos identitarios clave para la formación de niños, niñas, adolescentes y jóvenes latinoamericanos. No se ha reflexionado suficientemente en que no basta con contabilizar y describir los grandísimos hallazgos que han traído las leyes indiscutibles de la química, como los escritos de Antoine Lavoisier (que hoy sabemos realizó junto con su esposa), sino de entender la ciencia como una actividad productiva que ocurre todos los días a consecuencia de la generación de preguntas relevantes para un entorno dado, local, regional, mundial o universal, ya sea terrenal, existencial o sobrenatural. Y que en la medida en que se busquen respuestas a preguntas (sean resueltas o no y aunque quizá no sean relevantes en contextos ajenos), se hace ciencia. Este Boletín intenta alejar la idea de que la ciencia es algo inalcanzable e ininteligible y por tanto ajeno, repugnante y casi perjudicial.

Les agradezco la bondad de su lectura y les conmino a valorar el trabajo que hace la Sociedad Química de México para preservar la dignidad de las profesiones químicas y el valor que agrega esta labor al desarrollo del país. Les invito a sumar esfuerzos para mantener a la sociedad mexicana informada sobre su tradición científica y sobre el quehacer de las químicas y químicos en nuestro país. El Comité Ejecutivo Nacional de esta honorable Sociedad no debe verse únicamente como el responsable de la organización de los congresos anuales (actividad obligada y valiosísima en sí misma, en tanto esos valiosos espacios son indispensables para la actividad científica), sino también como el ente colegiado generador de un espacio de servicios continuos de capacitación, encuentro y crecimiento profesional, y de divulgación del conocimiento al público no especializado, con énfasis en la juventud.

En este número me despido de mi función como editora en jefe del Boletín. Me voy contenta de haber colaborado con la Sociedad Química de México con esta tarea. Les comparto que no hemos alcanzado algunos retos: lograr la emisión de un doi (por sus siglas en inglés, *digital object identifier*) para cada artículo aquí publicado; aumentar la diversidad de autores y autoras de artículos, incluyendo estudiantes de nivel medio superior y superior; ampliar la red de colegas revisores de los textos y sistematizar su operación día con día; incluir artículos escritos en lenguas originarias; conseguir recursos dedicados a fondear el trabajo de edición del Boletín.

En este número encontrarán las actividades más importantes de la Sociedad Química de México, además de un artículo original de historia de la ciencia local que aborda el desarrollo de la industria metalúrgica del zinc en Saltillo de la pluma de Martín Caldera; un texto colaborativo escrito por cuatro autores de instituciones de Veracruz, Guanajuato y San Luis Potosí, que versa sobre las generalidades del etilenglicol como anticongelante automotriz (nunca en mejor hora, considerando la escasez mundial de productos químicos de los que se alimentan varias cadenas productivas); una contribución de mi autoría sobre la importancia del proceso de granulación de materiales farmacéuticos y un artículo de Gabriela Navarro Tovar que reflexiona sobre el efecto de las becas de origen federal en la realización de los posgrados en México.

Estoy cierta de que en adelante el Boletín seguirá en buenas manos y de que verá ampliado su público lector, y deseo que siga siendo la revista mexicana de divulgación de la química asequible y confiable digna de la Sociedad Química de México.

Abril de 2026,

Dra. en F. y T.F. Mariana Ortiz Reynoso

